

HOMILIA VII DOMINGO DE PASCUA – 2013

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

CICLO “C”

Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales

En este domingo celebramos la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales con el lema siguiente: **“Redes Sociales; portales de verdad y de fe; nuevos espacios para la evangelización”**.

Esta Jornada se enmarca perfectamente:

- en el contexto de la Misión evangelizadora que Cristo ha dado a su Iglesia,
- en el Año de la Fe que celebramos y que nos impulsa a renovar nuestra fe y a transmitirla con gozo, esperanza y perseverancia, y
- en el Plan Pastoral de nuestra Diócesis: “transmitamos la fe viviendo la caridad”.

Os invito a leer estos mensajes:

* El Mensaje de Benedicto XVI para la LVII Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales (24 de enero de 2013). En él se dice:

“Tratando de hacer presente el Evangelio en el ambiente digital, podemos invitar a las personas a vivir encuentros de oración o celebraciones litúrgicas en lugares concretos como iglesias o capillas. Debe haber coherencia y unidad en la expresión de nuestra fe y en nuestro testimonio del Evangelio dentro de la realidad en la que estamos llamados a vivir, tanto si se trata de la realidad física como de la digital. Ante los demás, estamos llamados a dar a conocer el amor de Dios hasta los más remotos confines de la tierra”.

* El Mensaje de los Obispos de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social de la Conferencia Episcopal Española en la XLVII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (12 de marzo de 2013). En él se dice:

“La misión de la Iglesia, que prolonga la misma misión de Cristo, es la de anunciar y celebrar la salvación del hombre por medio de Jesucristo. En las redes sociales esa misión tiene ya una presencia consolidada y creciente en el ámbito del anuncio del kerigma cristiano, de la predicación, de la catequesis y de la enseñanza de la doctrina...”

“Los cristianos deben trabajar para estar presentes en las redes sociales poniendo de manifiesto su autenticidad “cuando comparten la

fuente profunda de su esperanza y de su alegría: la fe en el Dios rico en misericordia”.

1.- Las lecturas

* **Libro de los Hechos de los Apóstoles 1,1-11.** Jesucristo resucitado, a la vista de sus discípulos, asciende glorioso al cielo y se sienta a la derecha del Padre. Es posible y real la esperanza para la humanidad entera. La muerte no es el final del camino para nadie.

* **Salmo Responsorial 46.** “Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas”. Unámonos a esta aclamación del salmista bendiciendo y alabando al Padre por el triunfo de Jesucristo en el Espíritu Santo. La alegría y el gozo inundan ya la tierra entera. El hombre y la mujer pueden entonar un cántico de esperanza.

* **Carta de San Pablo a los efesios 1,17-23.** El Padre sentó a Cristo a su derecha en el cielo y reina glorioso por los siglos de los siglos. “Dios lo exaltó y le dio el Nombre sobre todo nombre para que al Nombre de Jesús toda rodilla se doble...”.

* **Evangelio según san Lucas 24,46-53.** Jesucristo resucitado, mientras bendecía a sus discípulos, fue llevado al cielo. Abramos nuestro corazón a este misterio del Señor: Cristo sube al cielo y lleva con Él nuestra naturaleza humana.

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- El misterio de la Ascensión del Señor

En este día, celebramos los cristianos la solemnidad de la Ascensión de Jesucristo. Una solemnidad muy arraigada en la religiosidad de nuestras aldeas, pueblos, ciudades..., en el corazón de todos los cristianos.

Cuarenta días después de la resurrección, Cristo fue elevado al cielo en presencia de sus discípulos, sentándose a la derecha del Padre, hasta que llegue el día en que venga de nuevo, en su gloria, a juzgar a vivos y muertos.

Cristo asciende glorioso y victorioso al cielo. El Padre ha acreditado a su Hijo Jesús resucitándolo de entre los muertos y glorificándolo. Jesús no estaba equivocado, como algunos pensaron. Su camino y su mensaje eran verdaderos y respondían perfectamente a la voluntad y a los designios de Dios.

Su naturaleza humana quedó transfigurada, transformada y renovada por la acción del Espíritu Santo. “Salí del Padre y vuelvo al Padre”. Vino

desde lo más alto, desde el misterio insondable e inefable de Dios y bajó hasta lo más profundo de la tierra -muerte y sepultura-. Ahora, Cristo sube y asciende hasta la altura del misterio infinito de Dios. Cristo resucitado ha entrado en el Santuario celestial como sumo Sacerdote que intercede por nosotros ante su Padre.

Contemplemos el misterio de la Ascensión del Señor con ojos de fe y de agradecimiento, de alegría y de esperanza.

2.2.- Viviremos con el Señor para siempre

Desde este misterio podemos saber que nuestra persona no camina hacia la nada, hacia la hecatombe, sino hacia Dios en quien encontraremos la vida plena y gloriosa por todos los siglos, si hemos sido fieles a Él durante nuestra vida. El Concilio Vaticano II enseña que “por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad. Cristo resucitó, con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida, para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: ¡Abba, Padre!” (GS 22).

Así como Cristo resucitó como primicias de los que un día resucitaremos por la fuerza de Dios, así también Jesús es glorificado como primicias de los que un día también seremos glorificados por la misericordia de Dios. Por eso no debemos caminar por este mundo sin saber a donde vamos, ni debemos sucumbir a la desesperanza. Recordemos las enseñanzas de San Pablo que tanta firmeza en la fe y en la esperanza transmiten:

“¿Quién, pues, podrá arrebatarlos el amor de Cristo? ¿El sufrimiento, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, el miedo a la muerte? (...) Seguro estoy de que nada, ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni cualquiera otra suerte de fuerzas sobrehumanas, ni lo presente, ni lo futuro, ni poderes sobrenaturales, ni lo de arriba, ni lo de abajo, ni criatura alguna existente, será capaz de arrebatarlos ese amor que Dios nos ha mostrado por medio de Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rm8,35. 38-39).

2.3.- El compromiso del cristianos al servicio de la transformación del mundo

La esperanza en la resurrección de los muertos y en la vida eterna no ha de distraer ni dispensar al cristiano de su compromiso a favor de la transformación de este mundo en el que vivimos. Recordemos una vez más las enseñanzas del Concilio Vaticano II en dos textos importantes:

* “Enseña además la Iglesia que la esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio. Cuando, por el

contrario, falta ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas -es lo que hoy con frecuencia sucede-, y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar, llevando no raramente al hombre a la desesperación” (GS 21).

* “La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios (...) El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección” (GS 39).

Colaboremos todos en transformar este mundo ya que “otro mundo es posible”, un mundo más conforme con los designios de Dios. Sembremos en los surcos de la conciencia humana y de la historia los valores que la transforman y renuevan: la paz, la justicia, la libertad, la solidaridad, la verdad, la honradez...No nos dejemos llevar por la injusticia, la mentira, la codicia, la soberbia, la violencia...

Recordemos que “la gracia no destruye la naturaleza sino que la perfecciona”.

2.4.- Seamos testigos del Señor en este mundo

Jesús envía a sus discípulos para que sean sus testigos en el mundo ante los demás. Ellos se convierten en anunciadores del Evangelio de Jesucristo y en testigos de lo que han visto y oído.

Nosotros somos también llamados a ser testigos de Dios en el mundo. No nos avergoncemos nunca del Señor ni de su Evangelio. Proclamemos el Evangelio con nuevo ardor, con nuevas expresiones, con nuevos métodos.

No seamos nunca profetas mudos en el mundo.

Oración por las vocaciones.

Pidamos al Señor que suscite vocaciones a la vida sacerdotal, religiosa, laical...para que anuncien a Jesucristo a todos.

Terminamos. Unidos en la plegaria.

Cáceres, 6 de mayo de 2013

Florentino Muñoz Muñoz